

cama tan blanda, como la posada del «Sol azul;» y en esto no mentía ni engañaba á nadie, pues la más cercana bien distaba sus dos jornadas.

El baron de Sigognac se avergonzó, á pesar suyo, de encontrarse confundido con aquella caterva de cómicos ambulantes, y vaciló entre si franquearía ó no el umbral de la posada, cuando, para honrarle, Blazius, el Tirano, el Matamoros y Leandro le cedieron el paso.

Isabel, adivinando la atenta timidez del Baron, adelantó hácia él con ademán resuelto y un tanto grave el semblante.

—Vaya, señor Baron, —le dijo, — usais para con las mujeres de una reserva más glacial que José y que Hipólito. ¿No me ofrecereis el brazo para entrar en esta posada?

Sigognac, inclinándose, se apresuró á acceder á lo que se le pedía, é Isabel apoyó en la lustrosa manga del Baron las yemas de sus delicados dedos, de modo á dar á esta presión el valor de un premio. Sostenido así, recobró Sigognac el valor, y penetró en la posada con ademán de gloria y de triunfo; tanto le daba ya que le viese el mundo entero, pues en esta singular tierra de Francia quien acompaña una mujer bonita no hace ningun papel ridículo.

Chirriguirri se presentó á sus huéspedes, á la disposición de quienes puso la casa con énfasis que daba á conocer la vecindad de España. Una chupa de cuero semejante á la de los maragatos, ceñida á la cintura con una correa con hebilla de cobre, hacia resaltar las vigorosas y ásperas formas de su busto; pero un extremo de delantal arremangado y un ancho cuchillo metido en vaina de madera, templaban lo que su semblante podía tener de feroz, y mezclaban con el antiguo contrabandista una dosis de cocinero tranquilizadora, así como una sonrisa benigna suavizaba el inquietante efecto que producía una profunda cicatriz que, partiéndole de la mitad de la frente, iba á perderse entre sus rapados cabellos, cicatriz que Chirriguirri, al inclinarse con gorra en mano para saludar, ofrecía forzosamente á las miradas, y que se distin-

guía de la piel por su color violáceo y una depresión de carnes que no habían del todo podido llenar el horrible surco. Mucha robustez se necesitaba para no haber dejado escapar el alma por semejante hendidura; verdaderamente era Chirriguirri moceton tremendo, y su alma, sin duda, no sentía prisa por ir á ver lo que le reservaba el otro mundo. Algunos viajeros meticulosos y timoratos hubieran quizás encontrado el oficio de posadero pacífico por demás para un hostelero de tal catadura; pero, como ya hemos dicho, el «Sol azul» era la única posada habitable en aquel desierto. La sala en la que penetraron Sigognac y los cómicos no era de mucho tan suntuosa como Chirriguirri aseguraba: el piso lo formaba una capa de tierra apisonada, y, en el centro de la pieza, una especie de estrado construido con gruesas piedras componía el hogar. Una abertura practicada en el techo y cruzada por un barrote de hierro del que pendía una cadena que sostenía las llaves, reemplazaba la campana y el cañón de la chimenea, de manera que todo lo alto de la sala desaparecía á medias á través de la humareda cuyos copos tomaban lentamente el camino de la abertura, si por casualidad el viento no los regolfaba hácia el interior. Aquella humareda había cubierto las vigas del techo de una capa betuminosa parecida á la que se ve en los cuadros antiguos, capa que contrastaba con la de cal dada recientemente á las paredes.

Al rededor del hogar, en tres costados solamente, para dejar al cocinero que pudiese acercarse libremente á la marmita, había bancos de madera que se equilibraban sobre las rugosidades del suelo, calloso como la piel de monstruosa naranja, con ayuda de cascotes de vasija ó fragmentos de ladrillo. Acá y allá se morían de fastidio algunos escabeles formados con tres estacas que se ajustaban á una tablilla atravesada por una de aquellas, al extremo de la que había un pedazo de madera transversal, que podía en caso de apuro servir de respaldo á gentes poco amantes de sus comodidades, pero que un sibarita hubiera seguramente mirado como á

instrumento de tortura. Una especie de artesa, practicada en un rincón, completaba aquel miserable ajuar donde lo tosco de la ejecución corría parejas con lo grosero de la materia. Algunas astillas de madera de abeto, colocadas en emparillados de hierro, bañaban aquellos objetos con luz rojiza y humosa cuyos torbellinos se reunían á cierta altura con las nubes del hogar. Dos ó tres cacerolas arrimadas á lo largo de la pared como escudos en los costados de un trireme, si esta comparación no es demasiado noble y demasiado heroica en este caso, tomaban un tinte sanguinolento al darles el reflejo de las teas á través de la densa atmósfera de la sala.

La covacha, á pesar de las pretensiones del hostelero, ofrecía tan lúgubre aspecto, que un transeunte solitario hubiera podido, sin por esto pasar plaza de cobarde, llenar su imaginación de quimeras y dar entrada al temor de encontrar en la comida de la casa alguno de esos pasteles de carne humana hechos á expensas de los viajeros descarriados; pero la compañía de cómicos era demasiado numerosa para que semejantes terrores pudiesen asaltar á aquellos valientes histriones, acostumbrados, á causa de su vida errante, á alojarse en las más extrañas viviendas.

Al extremo de uno de los bancos, cuando entraron los cómicos; dormitaba una niña de ocho á nueve años, ó á lo ménos que no aparentaba tener más, tan delgada y ruin era. Apoyada de espaldas contra el respaldo del banco, dejaba caer sobre su pecho su cabeza de la que llovían largos mechones de enmarañados cabellos que impedían distinguir sus facciones. Los nervios de su cuello, delgado como el de un pájaro desplumado, estaban tirantes y parecían luchar para impedir que rodase por el suelo la masa cabelluda. Sus abandonados brazos le colgaban á cada lado del cuerpo, con las manos abiertas, y sus piernas, que las tenía delgadas como husos, y por efecto del frío, del sol y de la intemperie, habían tomado un color rojo de ladrillo, como eran demasiada cortas para llegar al suelo, permanecían en el aire, un pié cru-

zado sobre el otro. Numerosos rasguños, cicatrizados los unos y frescos todavía los otros, revelaban correrías habituales á través de las malezas y de los jarales. Los piés, pequeños y de forma delicada, estaban cubiertos con botinas de blanquecino polvo, único calzado que jamás hubiesen llevado.

En cuanto al traje, no podía ser más sencillo; componíase de dos piezas: una camisa de tela tan grosera que los barcos llevan más fina la de sus velas, y un cuerpo de fustán amarillo á la moda aragonesa, cortado in illo tempore del trozo ménos usado de un zagalejo materno. El pájaro de diversos colores que adorna por lo regular esa especie de basquiñas formaba parte del trozo cortado para la niña, sin duda porque los hilos de la lana del bordado habían sostenido un poco la estropeada tela, y colocado de aquella suerte producía un efecto singular, pues su pico se encontraba en la cintura y sus patas cerca del dobladillo, mientras que su cuerpo, ajado y descompuesto por los pliegues, tomaba figuras á cual más caprichosas y semejaba á esos volátiles quiméricos de los antiguos mosaicos bizantinos.

Isabel, Serafina y la doncella tomaron asiento en el banco en que dormitaba la niña, y su peso, unido al muy ligero de esta, bastaba apenas á contrabalancear la masa de la dueña, sentada en el extremo opuesto.

Los hombres se distribuyeron en los otros bancos, dejando por deferencia un espacio vacío entre ellos y el barón de Sigognac.

Algunos puñados de chamarasca habían revivado la llama del hogar, y el chisporroteo de las ramas secas que se retorcián en el brasero alegraba á los viajeros, un poco estropeados por la fatiga del día, y resintiéndose, sin darse cuenta de ello, de la influencia de la malaria que reinaba en aquella comarca rodeada de aguazales.

Chirriguirri se acercó á ellos cortesmente, y con toda la gracia que le permitía su avinagrada cara, les dijo:

—¿Qué servirá á vuestras mercedes? Mi casa está provista

de todo cuanto pueda ser del gusto de los señores hidalgos. ¡Qué lástima que no hubieseis llegado ayer! Tenía preparada una cabeza de javalí con pistachos, de tan buena fragancia, tan saturada de especias, tan delicada al paladar, que desgraciadamente no ha quedado para un diente.

—Es esto en efecto doloroso, —dijo el Pedante á quien se le hacia agua la boca al pensar en aquellas delicias imaginarias;—la cabeza con pistachos me agrada sobre todo otro manjar; de buena gana me hubiera dado de ella una indigestion.

—¿Y qué hubierais dicho, —prosiguió el maula del posadero, —del pastel de venado que los caballeros que albergaba esta mañana han devorado hasta la costra despues de haber puesto á saco el interior de la plaza, sin dar gracia ni cuartel?

—Hubiera dicho que era excelente, maese Chirriguirri, —replicó el Pedante, —y hubiese alabado como es debido el mérito sin par del cocinero; pero ¿qué provecho sacais con aguzarnos cruelmente el apetito hablándonos de platos falaces digeridos á estas horas, pues vos no les habeis escatimado la pimienta, la nuez moscada y otros estímulos de la bebida? En lugar de esos platos difuntos cuya succulencia no puede ponerse en duda, pero que no podrian bajo ningun punto de vista sustentarnos, recitadnos los platos del dia, porque el pretérito simple es de todo punto fastidioso tratándose de cocina, y el hambre gusta á la mesa del presente de indicativo. ¡Malhaya el pasado! es la desesperacion y el ayuno; el futuro, cuando ménos, permite al estómago recrearse en agradables ilusiones. Por piedad, no prosigais el relato de esas gastronomías pretéritas á pobres diablos hambrientos y rendidos de fatiga como perros de caza.

—La razon os sobra, señor; el recuerdo no es, que digamos, muy sustancial, —exclamó Chirriguirri haciendo un gesto de asentimiento; —pero eso no impide que deplore que me haya tan imprudentemente desprovisto de vituallas. Ayer mi despensa rebosaba, y he cometido, no hace aun dos ho-

ras, la imprudencia de mandar al castillo mis seis últimas tarteras de hígados de pato; ¡hígados admirables, monstruosos! ¡verdaderos bocados de rey!

—¡Oh! qué bodas de Canaan y de Camacho se harian con todos esos platos que no teneis y que han devorado huéspedes más dichosos que nosotros! Pero hacernos languidecer es demasiado; decidnos sin retóricas lo que teneis, despues de habernos pintado con tan vivos colores lo que no teneis.

—Es justo. Tengo sopa con berzas y tocino, jamon y bacalao, —respondió el posadero ensayando aparentar un púdico rubor, como una honrada mujer de casa atrapada desprovista al llevar su marido tres ó cuatro amigos á comer.

—Entonces, —exclamó en coro el famélico grupo, —dadnos bacalao, jamon y sopa.

—Pero ¡qué sopa! —prosiguió el posadero recobrando su aplomo y haciendo resonar su voz como el sonido de una trompeta, —cuscursos de pan mojados en la más fina grasa de pato, coles fritas que saben á ambrosía, tales que Milan no las produce mejores, y cocidas en una manteca más blanca que la nieve del pico de la Maladetta; ¡un potage digno de figurar en la mesa de los dioses!

—Se me hace agua la boca. Mas servid de prisa, porque reviento de hambre, —dijo el Tirano con gesto de ogro olfateando carne fresca.

—¡Zagarriga, vivo, pon la mesa en el comedor! —gritó Chirriguirri á un mozo quizás imaginario, pues no dió señal alguna de vida, á pesar del tono apremiante empleado por el posadero.

—En cuanto al jamon, —prosiguió este, —espero que vuestras mercedes quedarán satisfechos, pues puede competir con los más exquisitos de la Mancha y de Bayona; está confitado en sal gema, y su carne, entremetida de blanco y de rosa, es la más apetitosa del mundo.

—Creémoslo como precepto del Evangelio, —dijo el Pedante exasperado; —pero sacad vivo esa maravilla ¡pernils-

ca, ó van á pasar aquí escenas de canibalismo como sobre los galeones y carabelas naufragados. No hemos nosotros cometido crímenes como Tántalo para ser torturados haciéndonos abrir el apetito con manjares fugitivos.

—Hablais como de molde,—repuso Chirriguirri con el tono más tranquilo.—¡Ola! ¡toda la marmitonería, manos á la obra, ánimo, listos! ¡Estos nobles viajeros tienen hambre y no pueden aguardarse!

La marmitonería no se movió más que el Zagarriga nombrado más arriba, por el pretexto más especioso que legítimo que no existía ni había existido jamás. Todo el servicio de la posada consistía en una mocetona seca y descabellada, llamada Mioneta; pero aquella turba ideal á la que llamaba sin cesar Chirriguirri, daba, según éste, importancia á la posada, animación, atracción, concurrencia, y justificaba el elevado precio del escote. A fuerza de llamar por sus nombres á aquellos servidores quiméricos, el posadero del Sol azul había acabado por creer en su existencia, y admirábase casi de que no le reclamasen sus soldadas, discreción á que, por otra parte, les estaba agradecido.

Adivinando por el sordo rumor de vajilla que se oía en la pieza vecina que no estaba todavía puesta la mesa, el posadero, para ganar tiempo, empezó á hacer el elogio del bacalao, tema bien estéril por cierto, y que reclamaba algunos esfuerzos de elocuencia. Afortunadamente Chirriguirri estaba acostumbrado á dar valor á los manjares insípidos con la salsa de sus palabras.

—Vuestras mercedes imaginan sin duda que el bacalao es bocado vulgar, y en esto no andan equivocados; pero hay bacalao y bacalao. Esto ha sido predicado sobre el mismo banco de Terra-Nova por el más atrevido marino del golfo de Gascuña. El que yo os ofrezco es un bacalao de rechupete, de primera clase, blanco, de sabor á ángeles, blando, y que frito en aceite de Aix, es preferible al salmon, al atun y al pez espada. Nuestro Santo Padre el papa, sus in-

dulgencias sean con nosotros, no come otro en cuaresma, ni en los viernes ni en los sábados y otros días de guardar cuando está cansado de cercelas y de fulgas. Pedro Lestorbat, que me provee, provee también á su Santidad. Bacalao de San Pedro, ¡caracoles! no es bocado que pueda despreciarse, y vuestras mercedes no son gente que le desprecien, so pena de no ser buenos católicos.

—Ninguno de nosotros pone en duda las excelencias de ese pescado,—dijo el Pedante,—y mucho celebraríamos ingurgitarnos ese bacalao papal; pero que ese mirífico pescado se digne saltar de la sartén al plato, ó vamos á disiparnos en humo, ó como fantasma cuando canta el gallo y vuelve el sol.

—No estaría decente comer el frito antes que la sopa, eso sería, culinariamente hablando, poner la carreta delante de los bueyes,—exclamó maese Chirriguirri con gesto de supremo desden,—y vuestras mercedes son demasiado bien educados para permitirse semejantes incongruencias. Paciencia, la sopa tiene necesidad todavía de un hervor ó dos.

—El diablo se os lleve,—profirió con voz alterada el Tirano,—yo me contentaría con un pisto lacedemónico con tal que me lo sirviérais al instante.

El baron de Sigognac permanecía mudo y sin dar señal alguna de impaciencia; ¡había comido la víspera! En las dilatadas penurias de su castillo del hambre, se había de mucho tiempo acostumbrado á las abstinencias eremíticas, y aquella frecuencia de comidas asombraba á su sóbrio estómago. Isabel y Serafina, no se quejaban, pues la voracidad no sienta bien á las jóvenes, quienes tienen fama de alimentarse de rocío y jugo de flores. El Matamoros, cuidadoso de su delgadez, parecía maravillado, pues acababa de ceñirse un punto más el cinturón, y el clavillo de la hebilla crujió libremente en el agujero de la correa; Leandro bostezaba y mostraba los dientes; la dueña estaba amodorrada, y debajo de su caída barba colgaban en forma de papadas tres dobleces de blanda carne.